

una especie de atmósfera en que los nervios se calman y en que los sentimientos se suavizan.

—¿Ignora usted lo que pasa?—dijo brutalmente Lupeaulx, que parecía interesado en mostrarse brutal.—Lea usted.

Y ofreció á la graciosa Roubourdin los dos periódicos en que él había anotado con tinta roja los artículos relativos á Baudoyer. Leyendo, el chal se abrió sin que Celestina lo notase ó por efecto de su deseo oculto de que tal sucediese. A la edad en que la fuerza de los caprichos está en razón con su rapidez, Lupeaulx no podía ya conservar su sangre fría, como Celestina no conservaba la suya.

—¡Cómo!—dijo ella.—¿Quién es ese Baudoyer?

—Un asno—dijo Lupeaulx;—pero ya lo ve usted; lleva reliquias y llegará conducido por la mano hábil que tiene las bridas.

El recuerdo de sus deudas pasó ante los ojos de la señora Roubourdin, y la cegó, como si hubiese visto dos rayos consecutivos; sus oídos zumbaron repetidamente, bajo la presión de la sangre que latía en sus arterias y permaneció completamente alledada mirando á un alzapuño sin verlo.

—Pero usted nos es fiel,—dijo á Lupeaulx, acariciándole con una mirada para atraérselo.

—Eso, según—dijo él, respondiendo á aquella mirada con otra descaradamente escudriñadora que llenó de rubor á la pobre mujer.

—Si exigiese usted arras, perdería el tiempo—dijo Celestina riéndose.—Le creía á usted más grande de lo que es, y en cambio usted me cree muy pequeña, muy interesada.

—Usted no me ha comprendido—repuso Lupeaulx con malicia.—Yo quería decir que no podía servir á un hombre que va contra mí solapadamente. ¿Qué significa eso? He aquí lo que le probará que yo soy grande.

Y presentó á la señora Roubourdin el estado robado por Dutocq, señalándole el lugar en que su marido tan sabiamente lo había analizado.

—Lea usted.

Celestina reconoció la letra, leyó y palideció al recibir aquel golpe de maza.

—Están todas las dependencias—dijo Lupeaulx.

—Pero afortunadamente, usted es el único que posee este trabajo que yo no puedo explicarme.

—El que lo ha robado no es tan necio para no tener copia,

pues es demasiado embustero para confesarlo y demasiado inteligente en su oficio para entregarlo. Así es que ni siquiera he intentado hablarle de ello.

—¿Quién es?

—El oficial primero.

—¡Dutocq! Siempre recibe uno castigo por los beneficios. Ese—repuso ella,—es un perro que quiere un hueso.

—¿Sabe usted lo que quieren ofrecerme á mí, pobre diablo, pobre secretario general?

—¿Qué?

—Debo treinta y tantos mil desgraciados francos; va usted á formar un mal concepto de mí al saber que no debo más, pero, en fin, en eso soy pequeño. Ahora bien, el tío de Baudoyer acaba de comprar mis créditos y sin duda se dispone á devolverme los títulos.

—Pero ¡todo eso es infernal!

—¡Ca! es monárquico y religioso. Aquí obra la mano del limosnero.

—Y ¿qué hará usted?

—¿Qué me ordena usted que haga?—le dijo con una gracia adorable, tendiéndole la mano.

Celestina no lo encontró ni viejo, ni feo, ni empolvado, ni secretario general, ni nada inmundo; pero no le dió la mano. Por la noche, en su salón, se la hubiera dejado tomar cien veces; pero por la mañana y sola, este acto constituía una promesa demasiado positiva que la podía llevar muy lejos.

—¡Y dicen que los hombres de Estado no tienen corazón!—exclamó queriendo recompensar la dureza de la negativa con la gracia de las palabras.—Esto me asustaba—añadió con el aire más inocente del mundo.

—¡Qué calumnia!—respondió Lupeaulx.—Uno de los diplomáticos más antiguos, pues ocupa el poder desde que nació, acaba de casarse con la hija de una actriz, logrando que la recibiesen en todos los salones á donde concurre la nobleza más rancia.

—¿Y nos apoyará usted?

—Estoy encargado del trabajo de los nombramientos. Pero nada de fulleras.

Celestina le dió á besar su mano, y pegándole un golpecito en la mejilla, le dijo:

—Es usted mío.

Lupeaulx admiró esta frase. (Por la noche, en la Opera,

el muy fatuo lo contó de esta manera: «Una mujer que no quiere decirle á un hombre que es suya, confesión que una mujer distinguida no hace nunca, le dice: es usted mío. ¿Qué les parece á ustedes el cambio?»)

—Pero sea usted mi aliada—dijo Lupeaulx.—Su marido ha hablado al ministro de un plan de administración al que va unido el estado en que tan bien me trata; piénselo y dígame esta noche.

—Lo haré—contestó ella sin dar gran importancia á aquello que había llevado á Lupeaulx á su casa tan de mañana.

—Señora, el peluquero—dijo la camarera.

—Bien se ha hecho esperar. No sé cómo hubiera salido del paso si llega á tardar algo más, pensó Celestina.

—Usted no sabe hasta dónde llega mi abnegación—le dijo Lupeaulx levantándose.—Estará usted invitada á la primera velada íntima de la mujer del ministro.

—¡Ah! es usted un ángel, y ahora veo lo mucho que me ama; me ama usted con inteligencia.

—Querida mía, esta noche iré á saber á la Opera quiénes son los periodistas que conspiran á favor de Baudoyer y me diré mis fuerzas con ellos.

—Sí, pero comerá usted aquí, ¿verdad? He mandado traer las cosas que más le gustan.

Al mismo tiempo que Lupeaulx bajaba las escaleras, se decía:

—Todo esto es tan parecido al amor, que sería grato verse engañado mucho tiempo; pero si se burla de mí, lo sabré. Antes de la firma le preparo el lazo más hábil que jamás se haya podido imaginar nadie á fin de poder leer en su corazón. Gatitas mías, nos conocemos, pues después de todo, las mujeres son lo que nosotros somos. ¿Veintiocho años y virtuosa y aquí en la calle Duphot? Es una dicha muy rara, que merece la pena de ser cultivada.

La mariposa elegible saltaba las escaleras.

—¡Dios mío! ese hombre, sin los lentes y empolvado, debe estar sumamente feo en bata de casa—se decía Celestina.—Lleva el arpón en la espalda y por fin me remolca á donde yo quería, á casa del ministro. Ha desempeñado su papel en mi comedia.

A las cinco, cuando Roubourdin entró en su cuarto para vestirse, su mujer fué á ayudarle, y le entregó aquel estado que el pobre hombre parecía condenado á encontrar en todas

partes, como la zapatilla del cuento de *Las mil y una noches*.

—¿Quién te ha entregado esto?—dijo Roubourdin estupefacto.

—El señor Lupeaulx.

—¡Ha venido!—preguntó Roubourdin dirigiendo á su mujer una de esas miradas que ciertamente hubieran hecho palidecer á una culpable, pero que Celestina sostuvo con frente serena y mirada risueña, contestando:

—Y volverá á comer. Pero ¿por qué estás tan preocupado?

—Querida mía—respondió Roubourdin.—Lupeaulx está profundamente ofendido por mí; esas gentes no perdonan, y sin embargo, me acaricia. ¿Crees que no veo por qué?

—Ese hombre me parece que tiene un gusto demasiado delicado para criticarle—respondió Celestina.—Además, yo no sé que haya nada más halagüeño para una mujer que el excitar el apetito de un paladar hastiado. Por otra parte...

—Basta de bromas, Celestina, ten en cuenta que estoy anonadado. No puedo ver al ministro y mi honor está en entredicho.

—¡Dios mío! no, Dutocq obtendrá la promesa de un ascenso y tú serás nombrado jefe de división.

—Te adivino, querida mía—dijo Roubourdin;—pero el juego que tú haces es tan deshonesto como la realidad. La mentira es la mentira, y una mujer honrada...

—Déjame servirme de las armas que emplean contra nosotros.

—Celestina, cuanto más burlado se vea ese hombre, más encarnizado se mostrará conmigo.

—¿Y si yo le derribo?

Roubourdin miró á su mujer con asombro.

—No pienso más que en tu ascenso, y ya era tiempo, amigo mío—repuso Celestina.—Pero tú confundes el perro con la pieza de caza—dijo después de una pausa.—Dentro de algunos días, Lupeaulx habrá cumplido su misión. Mientras que tú tratas de hablar al ministro y antes de que puedas verle, ya le habré hablado yo. Tú has sudado sangre y agua para encontrar un plan que me ocultabas, y en tres días tu mujer habría hecho más labor que tú en seis años. Explícame tu hermoso sistema.

Roubourdin, al mismo tiempo que se afeitaba y después de haber hecho prometer á su mujer que no diría nada, advir-

tiéndole que confiar una sola idea á Lupeaulx era vender el secreto, empezó la explicación de sus trabajos.

—Pero, Rabourdin, ¿cómo no me has hablado de nada de eso?—exclamó Celestina cortándole la palabra á su marido cuando éste había empezado apenas á exponerle su proyecto. —Te hubieras ahorrado muchas penas inútiles. Que se esté ciego por una idea durante un momento, lo concibo, pero durante seis años, no puedo concebirlo. Tú querías reducir el presupuesto, que es la idea vulgar, cuando Francia sería dos veces mayor si fuese preciso llegar á un presupuesto de dos mil millones. Un sistema nuevo consistiría en hacer que se moviese todo mediante el préstamo, que es lo que dice Nucingen. El tesoro más pobre es el que está lleno de dinero sin saber en qué emplearlo. La misión de un ministro de hacienda es tirar el dinero por las ventanas para hacer que le entre por las bodegas, y tú quieres amontonar tesoros. Sería preciso multiplicar los empleos, en lugar de reducirlos, y en vez de amortizar las rentas, lo que debiera hacerse es multiplicar los rentistas. Si los Borbones quieren reinar en paz, deben buscar rentistas hasta en las últimas aldeas y sobre todo no dejar que los extranjeros perciban intereses en Francia, porque algún día nos pedirían el capital; mientras que, si toda la renta está en Francia, ni Francia ni el crédito perecerán: Esto es lo que salvó á Inglaterra. Tu plan es un plan de tres al cuatro. Un hombre ambicioso no hubiera debido presentarse ante su ministro á no ser para ser otro Law sin sus fracasos, explicando el poder del crédito y demostrando el cómo no debemos nosotros amortizar el capital, sino los intereses, como hacen los ingleses.

—Vamos, Celestina—dijo Rabourdin,—mezcla unas ideas con otras, contrariálas, diviértete con ellas como con juguetes, que ya estoy acostumbrado á ello; pero no critiques un trabajo que no conoces aún.

—¿Necesito yo acaso conocer un plan cuyo espíritu es triba en administrar la nación francesa con seis mil empleados, en lugar de veinte mil? No, amigo mío; aunque fuese ese el plan de un hombre de genio, un rey de Francia sería destronado si intentase ponerlo en práctica. Se somete á una aristocracia feudal cortando algunas cabezas; pero no se somete á una hidra con mil patas. No, no es posible aplastar á los pequeños, que generalmente se pierden bajo nuestros pies. ¿Y es con los ministros actuales con quienes quieres

revolver de ese modo á los hombres? Se remueven los intereses, pero no se remueve á los hombres, que gritan demandado; mientras que los escudos son mudos.

—Pero Celestina, si tú hablas siempre y quieres mostrarte ingeniosa con motivo de esta cuestión, no nos entenderemos nunca...

—¡Ah! ya comprendo ahora cuál es el objeto de ese estado en que tú has clasificado á todos los empleados administrativos—repuso Celestina sin haber escuchado á su marido.—Pero ¡Dios mío! si tú mismo has afilado el cuchillo con que te has de cortar la cabeza. ¡Virgen santa! ¿por qué no me has consultado? Al menos yo te hubiera impedido el que hubieses escrito una sola línea, ó á lo sumo, si hubieses querido hacer esa memoria, lo hubiera copiado yo misma y nunca hubiera salido de aquí... ¡Dios mío! ¿por qué no me has dicho nada? He aquí lo que son los hombres! son capaces de dormir al lado una mujer, guardando un secreto durante siete años. ¡Esconderse de una pobre mujer durante siete años, dudar de su abnegación!

—Pero si hace ya once años que no puedo discutir contigo sin que me cortes la palabra y sin que substituyas inmediatamente mis ideas por las tuyas. Tú no sabes nada de mi trabajo.

—¿Nada? Lo sé todo.

—¡Dímelo, pues!—exclamó Rabourdin, impaciente por la primera vez desde que se había casado.

—Mira, son las seis y media, aféitate y vistete—respondió como responden todas las mujeres cuando se les toca algún punto acerca del cual les conviene callarse. Yo voy á acabar de vestirme y aplazaremos la discusión, pues no quiero tener excitaciones nerviosas el día que recibo. ¡Dios mío! ¡pobre hombre! dijo al salir.—Trabajar siete años para dar á luz su muerte. ¡Y desconfiar como desconfía de su mujer!

Entró en su tocador.

—Si tú me hubieses escuchado en algún tiempo, no habría intercedido para sostener á tu oficial primero, el cual tiene sin duda una copia autógrafa de ese maldito estado. Adiós, hombre de talento.

Al ver á su marido en trágica y dolorosa actitud, comprendió que se había excedido; corrió hacia él, lo cogió todo enjabonado y le besó con ternura, diciéndole:

—Querido Javier, no te enfades, esta noche estudiaremos tu plan, te despacharás á tu gusto y yo te escucharé cuanto quieras, ¿estás contento así? Después de todo, ¿qué más puedo pedir yo que ser la mujer de Mahoma?—añadió riéndose.

Rabourdin no pudo menos de reirse también, pues Celestina tenía los labios llenos de espuma y su voz había despedido los tesoros del más puro y sólido afecto.

—Vete á vestirme, hija mía, y sobre todo no le digas nada á Lupeaulx, júramelo, esta es la única penitencia que te impongo.

—¿Qué me impones? Pues entonces no juro.

—Vamos, Celestina, he dicho una broma en cosa seria.

—Esta noche tu secretario general sabrá á quién tendremos que combatir, y yo sé á quién atacar.

—¿A quién? dijo Rabourdin.

—Al ministro—respondió ella creciendo dos pies.

A pesar de la gracia amorosa de su querida Celestina, Rabourdin al vestirse se sintió sobrecogido por negras ideas.

—¿Cuándo sabrá apreciarme mi mujer?—se decía.—Aun no ha comprendido que ella sola era la causa de todo mi trabajo. ¡Qué casquivaneo y que inteligencia! Si no me hubiese casado, habría medrado mucho y estaría rico. Tendría ahorrados cinco mil francos anuales de mi sueldo, los cuales, bien empleados, me producirían hoy diez mil francos de renta, además de mi sueldo; sería soltero y me quedaría el recurso de una buena alianza. Sí—repuso después de una pausa,—pero tengo á Celestina y á mis dos hijos.

Esto pensando, consideró su dicha. En el matrimonio más feliz hay siempre momentos de disgustos. A poco, se fué al salón y, contemplando su casa, exclamó:

—No hay dos mujeres que entiendan la vida como ella. ¡Con doce mil francos de renta hacer todo esto!—añadió mirando las jardineras llenas de flores y pensando en los gozos de vanidad que el mundo iba á procurarle.—Había nacido para ser mujer de un ministro. Cuando pienso que la mujer del mío no le sirve para nada; parece una aldeana, y cuando se encuentra en los salones de palacio...

Se mordió los labios.

Los hombres excesivamente ocupados tienen ideas tan falsas acerca de la vida doméstica, que lo mismo se les puede hacer creer que no se tiene nada con cien mil francos, como que se tiene todo con doce mil.

Aunque era muy impacientemente esperado, y á pesar de los halagos preparados para su apetito de goloso, Lupeaulx no fué á comer ni se presentó hasta muy tarde en la velada, á las doce de la noche, hora en que la charla pasa á ser en todos los salones más íntima y confidencial. Andoche Finot, el periodista, estaba presente.

—Lo sé todo—dijo Lupeaulx cuando se hubo sentado en un sofá de junto á la chimenea con su taza de café en la mano, mientras que la señora Rabourdin permanecía de pie ante él con un plato en la mano, lleno de sandwiches y de pastelillos.—Finot, mi querido é inteligente amigo, usted puede hacerle un favor á nuestra graciosa reina soltando unos cuantos perros de presa á ciertos individuos de quienes hablaremos. Tiene usted en contra—le dijo al señor Rabourdin bajando la voz para no ser oído más que por las tres personas á quien se dirigía—á los usureros y al clero, al dinero y á la Iglesia. El artículo del periódico liberal ha sido encargado por un viejo usurero á quien le debían favores; pero el que lo ha hecho no tiene gran interés en la cosa. La redacción de ese periódico cambia en tres días de opinión, y nosotros lograremos hacerle cambiar. La oposición realista, porque hoy tenemos, gracias al señor de Châteaubriand, una oposición realista, es decir, que hay realistas que se pasan á los liberales... pero no hablemos de política. Esos asesinos de Carlos X me han prometido su apoyo, poniendo como precio á su nombramiento nuestra aprobación á una de sus enmiendas. Si nos imponen á Baudoyer, le diremos á la capellanía: «Tal y tal periódico y los señores tal y tal atacarán la ley que ustedes quieren y toda la prensa se mostrará contraria á ella (pues los periódicos ministeriales que yo tengo serán sordos y mudos, aunque ya lo son bastante, ¿verdad, Finot?) Nombren ustedes á Rabourdin y tendrán ustedes la opinión á su favor.» Pobres Bonifacios de provincias, que se arrellenan en sus sofás en el rincón del fuego muy satisfechos de la independencia de los órganos de la opinión. ¡Ah! ¡oh!

—¡Je! ¡je! ¡je!—hizo Andoche Finot.

—Así es que esté usted tranquilo—dijo Lupeaulx,—yo lo he arreglado todo esta noche. La gran capellanía tendrá que inclinar la cerviz.

—Hubiera preferido perder toda esperanza y haberle tenido á comer—le dijo Celestina al oído, mirándole en

actitud enfadada que podía pasar por la expresión de un amor loco.

—Con esto estoy seguro de obtener mi perdón—dijo Lupeaulx entregándole una invitación para la velada del martes.

Celestina abrió la carta, sintiendo tal placer, que se puso colorada como la grana. Ningún goce puede compararse al de la vanidad triunfante.

—¿Ya sabe usted lo que es la velada del martes?—repuso Lupeaulx con aire misterioso.—Va á ser en nuestro ministerio lo que las veladas íntimas de la corte. Estará usted en el corazón del poder. Asistirá la condesa de Feraud, que sigue disfrutando del favor á pesar de la muerte de Luis XVIII, Delfina de Nucingen, la señora de Listomère, la marquesa de Espard y su amiga de Camps, á quien he rogado que vaya para que encuentre usted un apoyo en el caso de que las mujeres quisiesen hacerle el vacío. Tengo muchos deseos de verla á usted entre esa gente.

Celestina movía la cabeza como un caballo antes de la carrera, y leía y releía la invitación, como Baudoyer y Saillard habían leído los artículos de los periódicos sin poderse ver nunca hartos.

—Primero ahí, y después un día á las Tullerías.

Esta frase denotaba tanta ambición y seguridad, que Lupeaulx quedó admirado.

—¿No serviré yo de estribo á esta mujer?—se dijo.

Y levantándose, se encaminó al gabinete de la señora Rabourdin, á donde le siguió ésta por comprender que el secretario general deseaba hablarle en secreto.

—Bueno, ¿y ese plan?—le dijo.

—¡Bah! tonterías de un pobre hombre.—Quiere suprimir quince mil empleados y reducirlos á cinco ó seis mil. Usted no podría formarse siquiera idea de una monstruosidad semejante. Ya le haré á usted leer la memoria cuando la copia esté terminada. Va animado de la mejor buena fe, y su catálogo analítico de los empleados ha sido dictado por el pensamiento más virtuoso. ¡Pobre hombre!

Lupeaulx se tranquilizó tanto más con la risa verdadera de que fueron acompañadas estas burlonas y despreciativas palabras, cuanto que era hombre entendido en farsas y se convenció de que en aquel momento Celestina hablaba de buena fe.

—Pero ¿cuál es el objeto de todo eso?—preguntó.

—Al parecer, quiere suprimir la contribución territorial reemplazándola por impuestos de consumos.

—Pero si hace ya un año que Francisco Keller y Nucingen han propuesto un plan casi semejante y el ministro medita acerca de la disminución del impuesto territorial.

—Ya le decía yo que la cosa no era nueva—exclamó Celestina riéndose.

—Sí, pero él, que ha tratado con el mejor hacendista de la época, un hombre que es el Napoleón financiero, debe tener al menos algunas ideas originales en los medios de ejecución.

—Todo es vulgar—dijo ella imprimiendo á sus labios una mueca desdeñosa.—Figúrese usted que quiere gobernar y administrar á Francia con cinco ó seis mil empleados, cuando, por el contrario, sería preciso que no hubiese en Francia ni una sola persona que no estuviese interesada en el sostenimiento de la monarquía.

Lupeaulx pareció complacido de hallar una medianía en el hombre á quien consideraba dotado de grandes talentos.

—¿Está usted seguro del nombramiento? ¿Quiere usted un consejo de mujer?—le dijo Celestina.

—Ustedes son más entendidas que nosotros en intrigas elegantes—dijo Lupeaulx moviendo la cabeza.

—Pues bien, diga usted que se nombrará á Baudoyer en palacio y en la capellanía, para quitarles toda sospecha y distraerles; pero en el último momento nombre usted á Rabourdin.

—Hay mujeres que dicen *si* cuando necesitan á un hombre y *no* cuando éste ha desempeñado su papel—respondió Lupeaulx.

—Yo conozco algunas—le dijo sonriéndose,—pero son muy tontas, porque en política siempre vuelve uno á encontrarse. Eso está bien con los necios, pero usted es un hombre de talento. A mi juicio, la mayor falta que se puede cometer en la vida consiste en malquistarse con un hombre superior.

—No—dijo Lupeaulx,—porque perdonan. Sólo hay peligro en malquistarse con los espíritus mezquinos y rencorosos que no piensan más que en vengarse y pasan su vida entregados á esta satisfacción.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, Rabourdin se quedó solo con su mujer, y después de haber exigido por la primera vez en su vida, un poco de atención, pudo explicarle su plan, haciéndole comprender que él no disminuía, sino que, por el contrario, aumentaba el presupuesto, mostrándole á la vez los trabajos en que se empleaba el dinero público y como el estado decuplicaba el movimiento del dinero empleando el suyo en una tercera ó cuarta parte en los gastos, que serían soportados por intereses privados ó de la localidad. Finalmente le probó que su plan, más bien que una obra teórica, era un plan fértil en medios de ejecución. Celestina, entusiasmada, se abrazó al cuello de su marido y se sentó sobre sus rodillas á la vera del fuego.

—Al fin tengo el marido con que soñaba—le dijo.—La ignorancia en que yo estaba de tu mérito te ha salvado de las garras de Lupeaulx. Te he calumniado maravillosamente y de buena fe.

Aquel hombre lloró de alegría, porque al fin había logrado su triunfo. Después de haberlo intentado todo para agradar á su mujer, había acabado por aparecer grande á los ojos de ésta.

—Y para el que sabe que eres tan bueno, tan cariñoso y de tan buen carácter, resultas diez veces más grande. Pero un hombre de genio siempre es más ó menos niño, y tú eres un niño, un niño adorable.

Esto diciendo, sacó la invitación del lugar en que todas las mujeres pónen lo que quieren ocultar, y se la enseñó.

—He aquí lo que quería. Lupeaulx me lleva á presencia del ministro, y aunque Su Excelencia fuese de bronce, será por algún tiempo esclavo mío.

Desde el día siguiente Celestina se ocupó de su presentación en la velada íntima del ministro. Para ella aquel era su gran día. Jamás cortesana alguna se preocupó nunca de su persona lo que aquella honrada mujer se preocupó de la suya. En fin, la señora Rabourdin no olvidó nada. Fué ella misma á una cochería para escoger un cupé que no fuese viejo, ordinario, ni llamativo. Su criado, como los criados de buena casa, se vistió con gran seriedad, y á eso de las diez de la noche del famoso martes Celestina salió vestida con delicioso traje negro. Iba peinada con exquisito gusto y llevaba una diadema de mil escudos encargada en casa de Fossin por una inglesa que se había ido sin recogerla, dia-

dema en forma de racimos. Las hojas eran láminas de hierro estampado, ligeras como verdaderas hojas de vid, y el artista no había olvidado esos barrenos tan graciosos destinados á enroscarse en los rizos como se enroscan á toda rama. Los brazaletes, el collar y los pendientes eran de hierro llamado de Berlín; pero aquellos delicados arabescos parecían de Viena y haber sido hechos por esas hadas que en los cuentos están encargadas, por algún hombre celoso, de recoger ojos de hormigas ó de hilar piezas de tela contenidas en una ave llana. Su talle, adelgazado ya por el color negro, había sido puesto de relieve mediante un corte de traje estudiado, de tal modo, que á cada movimiento parecía que la mujer, como una mariposa, iba á salir de su envoltura. El traje era de muselina de lana, tela que el fabricante no había enviado aún á París y que tuvo más tarde un éxito asombroso. Este éxito fué más allá de lo que suelen ir los éxitos de todas las modas de Francia. La economía positiva de la muselina de lana, que no exige planchado, perjudicó más tarde á las telas de algodón, hasta el punto que causó una revolución en la fabricación de Rouen. El pie de Celestina, calzado con media de mallas finas y con zapato de satén turco, pues la gala excluía el satén de seda, tenía una forma elegantísima. Celestina estaba muy guapa de aquel modo. Su tez, reavivada por un baño de salvado, tenía un brillo suave. Sus ojos, bañados por las ondas de la esperanza, brillaban denotando gran ingenio y aquella superioridad de que hablaba á la sazón el feliz y orgulloso Lupeaulx. Celestina supo hacer bien su entrada, lo cual ya saben las mujeres lo que significa. Saludó graciosamente á la mujer del ministro, conciliando el respeto que le debía con su propio valer, y sin molestarla, á pesar de su majestad, pues cada mujer hermosa es una reina. Con el ministro empleó esa bonita impertinencia que las mujeres pueden permitirse con los hombres, aunque sean grandes duques. Examinó el terreno al tomar asiento y se encontró en una de esas veladas escogidas y poco numerosas en las que las mujeres pueden medirse y apreciarse bien, en las que la menor palabra resuena en todos los oídos, en las que cada mirada tiene su objeto determinado y la conversación es un duelo con testigos, donde el que es medianía aparece vulgar, pero donde todo mérito es acogido silenciosamente por hallarse al nivel de todas las inteligencias. Rabourdin había ido á meterse á un

salón próximo, donde se jugaba, y permaneció de pie formando público, lo cual prueba que no carecía de talento.

—Querida mía—dijo la marquesa de Espard á la condesa de Feraud, última querida de Luis XVIII.—París es único en su clase; salen aquí, sin que uno se lo espere ni sepa de dónde, mujeres como ésta, que parecen todo poder y todo querer.

—Es que ella lo quiere y lo puede todo—dijo Lupeaulx relamiéndose.

En este momento, la astuta señora Rabourdin hacía la corte á la mujer del ministro. Amaestrada la vispera por Lupeaulx, que conocía los puntos flacos de la condesa, la adu-
laba sin que ella lo notase, guardando silencio oportunamente, pues Lupeaulx, enamorado y todo como estaba, había notado los defectos de esta mujer y le había dicho la vispera: «sobre todo, no hable usted demasiado». ¡Exorbitante prueba de adhesión! Si Bertrand Barrère ha dejado este sublime axioma: *No interrumpamos á una mujer que baila para darle un consejo*, se puede añadir á éste el siguiente: *No reproches á una mujer porque siembra sus perlas*, á fin de completar así este capítulo del código femenino. La conversación se hizo general. De tiempo en tiempo la señora Rabourdin metía la cucharada como la gata bien educada mete la pata en los encajes de su ama escondiendo las uñas. En asuntos del corazón, el ministro tenía pocos caprichos; la Restauración no tuvo hombre de Estado más perfecto en lo que atañe á galantería, tanto que la oposición del *Miroir*, de *Pandore* y de *Figaro* no pudo echarle nunca en cara la más mínima cosa. Su querida era la *Estrella* y ¡cosa extraña! le fué fiel en la desgracia, porque sin duda seguía ganando más. La señora Rabourdin sabía esto; pero sabía también que es posible reanimar á los espíritus, y se había propuesto, por lo tanto, que el ministro se sintiese celoso de la dicha que parecía gozar Lupeaulx. En este momento, el secretario se relamía con el nombre de Celestina, y para hacer entrar en el mundo á su pretendida querida, se esforzaba en hacer comprender á la marquesa de Espard, á la señora de Nucingen y á la condesa que debían admitir á la señora Rabourdin en su coalición, siendo apoyada por la señora de Camps. Al cabo de una hora, el ministro se había fijado ya en la señora Rabourdin, la cual había seducido á la mujer de Su Excelencia, que acababa de invitarla para que fuese cuando quisiese.

—Porque, querida mía, había dicho la mujer del ministro á Celestina; su marido será muy pronto director, y como tiene intención el ministro de reunir dos divisiones en una sola, será usted muy pronto de los nuestros.

El ministro se llevó á la señora Rabourdin para enseñarle una habitación de su casa que le había hecho célebre por las pretendidas profusiones que la oposición le había reprochado y para demostrarle la estupidez del periodismo.

—A decir verdad, señora, debía usted hacernos el favor á la condesa y á mí de venir con frecuencia—le dijo dándole el brazo y dirigiéndole galanterías de ministro.

—Pero, monseñor—le dijo ella dirigiéndole una de esas miradas que las mujeres reservan para ciertas ocasiones,—me parece que eso depende de usted.

—¿Cómo?

—Usted puede darme derecho á ello.

—Explíquese usted.

—No; al venir aquí, ya me propuse no tener el mal gusto de convertirme en solicitante.

—Hable usted. Los memoriales de ese género no son aquí inoportunos—dijo el ministro riéndose.

No hay nada como las tonterías de este género para divertir á ciertos hombres graves.

—Pues bien, es ridículo que la mujer de un jefe de negociado aparezca con frecuencia aquí, mientras que la mujer de un director sería lo más natural.

—Dejemos eso—dijo el ministro.—Su marido de usted es un hombre indispensable y está nombrado.

—¿De veras, dice usted verdad?

—¿Quiere usted venir á ver su nombramiento á mi despacho? El trabajo está ya hecho.

—Pues bien—contestó ella quedándose en un rincón sola con el ministro, cuyo ardor tenía una vivacidad sospechosa,—déjeme usted decirle que yo puedo recompensarle por ello.

Celestina iba á exponerle el plan de su marido, cuando Lupeaulx, que se había acercado de puntillas, tosió de un modo que indicaba cólera y que anunciaba simular haber oído lo que en realidad había escuchado. El ministro dirigió una malhumorada mirada al viejo fatuo cogido en el lazo. Impaciente en su conquista, Lupeaulx había precipitado el trabajo del personal, se lo había entregado al ministro y quería ir á llevar al día siguiente su nombramiento á la que pasaba

por su querida. En aquel momento el ayuda de cámara del ministro se presentó con aire misterioso y le dijo á Lupeaulx que su criado le había rogado que le entregase en seguida aquella carta, advirtiéndole que tenía importancia.

El secretario general se acercó á una lámpara y leyó cuatro letras concebidas en estos términos:

Contra mi costumbre, espero en una antesala, y no hay que perder un instante si quiere arreglarse con su servidor,

Gobseck

Lupeaulx tembló al reconocer aquella firma, cuyo autógrafo sería una lástima no darlo, pues es muy raro en la plaza y ha de ser precioso para los que traten de adivinar el carácter de la gente por la índole de su firma. Si alguna vez la imagen jeroglífica se parece á algún animal, es seguramente en este nombre, cuya inicial y final simulan una boca voraz de tiburón insaciable, siempre abierta y masticando y devorándolo todo, lo mismo al fuerte que al débil. Ha sido imposible tipografiar la letra, que es demasiado fina, demasiado menuda y demasiado metida, aunque clara; pero es fácil imaginársela teniendo en cuenta que la frase no ocupaba más que una línea. Sólo el espíritu del usurero podía sugerir una frase tan insolentemente imperativa y tan cruelmente irreprochable, que lo decía todo sin denotar nada. Aunque no conociésemos á Gobseck, viendo aquellas cuatro letras que hacían acudir sin ser una orden, hubiésemos adivinado al implacable platero de la calle de Gres. Como el perro que ha sido llamado por el cazador, Lupeaulx dejó inmediatamente la pista y se fué á su casa pensando en su comprometida situación. Figuraos un general en jefe á quien su ayuda de campo va á decir: «El enemigo recibe treinta mil hombres de refresco que nos toman el flanco».

Cuatro palabras bastarán para explicar la llegada de los señores Gobseck y Gigonnet al campo de batalla, pues uno y otro estaban en casa de Lupeaulx. A las ocho de la noche, Martín Falleix, llegado en alas del viento gracias á tres fran-

cos de guía y á un postillón de repuesto, había traído las actas de adquisición fechadas la víspera. Llevados inmediatamente al café Themis por Mitral, los contratos pasaron á manos de los dos usureros, quienes se apresuraron á trasladarse al ministerio, aunque á pie. Daban las once de la noche. Lupeaulx tembló al ver las dos siniestras figuras, animadas por una mirada tan rápida como la bala de una pistola y tan brillante como el fogonazo de un disparo.

—Bueno, ¿qué hay, amigos míos?

Los usureros permanecieron fríos é inmóviles. Gigonnet mostró sucesivamente sus papeles y al ayuda de cámara.

—Pasemos á mi despacho—dijo Lupeaulx despidiendo con un gesto á su criado.

—Entiende usted admirablemente el francés—dijo Gigonnet.

—¿Vienen ustedes á atormentar á un hombre que les ha hecho ganar doscientos mil francos á cada uno?—exclamó Lupeaulx en actitud orgullosa.

—Y que espero que nos hará ganar muchos más—dijo Gigonnet.

—¿Un negocio?—repuso Lupeaulx.—Si necesitan ustedes de mí, yo tengo memoria. Se pagarán mis deudas—dijo desdenosamente Lupeaulx para no dejarse dominar.

—¿De veras?—dijo Gobseck.

—Vamos al hecho, hijo mío—dijo Gigonnet,—y no se ponga usted de ese modo, porque con nosotros es inútil. Tome usted estas actas y léalas.

Los dos usureros inventariaron el despacho de Lupeaulx, mientras que éste leía con asombro y estupefacción aquellos contratos que le parecieron arrojados del cielo por los ángeles.

—¿No tiene usted en nosotros á dos hombres de negocios inteligentes?—dijo Gigonnet.

—Pero ¿á qué debo tan hábil operación?—preguntó Lupeaulx inquieto.

—Nosotros sabemos, hace ocho días, lo que sin nosotros no hubiera usted sabido hasta mañana. El presidente del tribunal del comercio, que es diputado, se verá obligado á presentar la dimisión.

Los ojos de Lupeaulx se dilataron y se hicieron grandes como margaritas.

—El ministro quería hacerle á usted esa jugarreta—dijo el conciso Gobseck.

—Ustedes son mis dueños—dijo el secretario general inclinándose con profundo respeto mezclado de cierta burla.

—Así me gusta—dijo Gobseck.

—¿Van ustedes á estrangularme?

—Es posible.

—Pues bien, manos á la obra, verdugos—repuso sonriéndose el secretario general.

—Ya ve usted—repuso Gigonnet,—que sus créditos están inscritos con el dinero prestado para la adquisición.

—Aquí están los títulos—dijo Gobseck sacando unos papeles del bolsillo de su levita verdosa.

—Le quedan á usted tres años para pagarlo todo—dijo Gigonnet.

—Pero ¿qué quieren ustedes de mí?—dijo Lupeaulx asustado ante tanta complacencia y ante aquel fantástico arreglo.

—La plaza de la Billardièrre para Baudoyer—se apresuró á decir Gigonnet.

—Es bien poca cosa, aunque tendré que trabajar lo imposible—repuso Lupeaulx,—porque me he atado de pies y de manos.

—Ya roerá usted las cuerdas con los dientes—dijo Gigonnet.

—Son puntiagudos—añadió Gobseck.

—¿Es esto todo?—preguntó Lupeaulx.

—Nosotros nos guardamos las piezas hasta la admisión de estos créditos—dijo Gigonnet presentándole un estado al secretario general.—Si no son reconocidos por la comisión dentro de seis días los nombres de usted en esta acta, serán reemplazados por los míos.

—¿Es usted hábil!—exclamó el secretario general.

—Justo—dijo Gobseck.

—¿No hay nada más?—dijo Lupeaulx.

—Nada—dijo Gobseck.

—¿Queda hecho?—preguntó Gigonnet.

Lupeaulx inclinó la cabeza.

—Pues bien, firme usted estos poderes—dijo Gigonnet.

—Dentro de dos días, el nombramiento de Baudoyer; dentro de seis los créditos reconocidos, y...

—¿Y qué?—dijo Lupeaulx.

—Nosotros le garantizamos...

—¿Qué?—exclamó Lupeaulx cada vez más admirado.

—La elección—respondió Gigonnet galleando.—Nos-

otros contamos con la mayoría mediante los votos de cincuenta y dos cortijeros é industriales que obedecerán á su prestamista.

Lupeaulx estrechó la mano á Gigonnet y exclamó:

—Entre nosotros son imposibles los engaños, y esto es lo que se llama hacer negocios; así es que aun les daré la propina.

—Justo—dijo Gobseck.

—¿En qué consistirá?—preguntó Gigonnet.

—En la cruz para el imbécil de vuestro sobrino.

—Bueno—contestó Gigonnet,—veo que lo conoce usted bien.

Dicho esto, los usureros saludaron á Lupeaulx, el cual los acompañó hasta la escalera.

—¿Serán acaso enviados secretos de algunas potencias extranjeras?—se dijeron los dos criados.

—Nos deberá nueve mil francos de intereses anuales, y la tierra apenas da el cinco—exclamó Gigonnet.

—Está en nuestro poder para mucho tiempo—dijo Gobseck.

—Edificará, hará locuras—respondió Gigonnet.—Falleix comprará la tierra.

—Para él la cuestión es ser diputado, lo demás le importa muy poco—dijo Gobseck.

—¡Ah! ¡oh!

—¡Ah! ¡oh!

Estas secas exclamaciones servían de risa á los dos usureros, que se trasladaron á pie al café Themis.

Lupeaulx volvió al salón y encontró á la señora Rabourdin haciendo admirablemente la rosca á Su Excelencia. Estaba encantadora, y el ministro, que estaba ordinariamente triste, parecía satisfecho y contento.

—Opera verdaderos milagros—se dijo Lupeaulx.—¿Qué mujer más preciosa! Es preciso penetrarla hasta el fondo del corazón.

—Decididamente es encantadora su recomendada—dijo la marquesa al secretario general.—No le falta más que el nombre de usted.

—Sí, su único mal estriba en ser hija de un subastador, y perecerá por el defecto del nacimiento—respondió Lupeaulx con un aire frío que contrastaba con el calor que había empleado en hablar de la señora Rabourdin un instante antes.

La marquesa miró fijamente á Lupeaulx y le dijo, señalándole al ministro y á la señora Rabourdin:

—Les ha dirigido usted una mirada que no ha pasado desapercibida para mí. Están ustedes graciosos disputándose ese hueso.

Cuando la marquesa transponía la puerta, el ministro corrió hacia ella y la acompañó.

—Bueno—dijo Lupeaulx á la señora Rabourdin,—¿qué piensa usted de nuestro ministro?

—Es encantador. A decir verdad, á estos pobres ministros es preciso conocerles para apreciarlos—le respondió levantando la voz á fin de que pudiera oírle la mujer de Su Excelencia.—Los periódicos y las calumnias de la oposición desfiguran tanto á los hombres políticos que acaba una por dejarse engañar; pero todas estas prevenciones desaparecen cuando se les ve.

—Está muy bien conservado—le dijo Lupeaulx.

—Sí, yo le aseguro á usted que aun se le puede amar—dijo Celestina con sencillez.

—Querida mía—dijo Lupeaulx tomando á su vez un aire sencillo y cariñoso,—ha hecho usted lo imposible.

—Pues ¿qué he hecho?

—Ha resucitado usted á un muerto, á un hombre á quien creía sin corazón; pregúnteselo á su mujer; pero aprovéchese usted de la ocasión, venga por aquí y no se asombre.

Dicho esto, llevó á la señora Rabourdin á un gabinete y se sentó con ella en un diván.

—Es usted una mujer muy astuta, lo cual contribuye á que yo la ame á usted más. Dicho para entre nosotros dos, usted es una mujer superior. Lupeaulx la ha traído á usted aquí y todo ha terminado para Lupeaulx, ¿verdad? Por otra parte, cuando una se decide á amar por interés, es preferible amar á un sexagenario ministro que á un cuadragenario secretario general, porque se obtiene más provecho y menos molestias. Yo soy un hombre con lentes, cabello canoso, y gastado por los placeres, lo cual no tiene nada de apetitoso. ¡Oh! veo perfectamente esto. Si es absolutamente preciso conceder algo á lo útil, yo no seré nunca lo agradable, ¿no es verdad? Es preciso ser loco para no saber razonar acerca de su posición. Puede usted confesarme la verdad y enseñarme el fondo de su corazón, pues somos dos asociados, y no dos amantes. Si yo tengo algún capricho, usted es dema-

siado superior para hacer caso de tales miserias, y me lo perdonará, so pena de ser una mujer vulgar. ¡Bah! usted y yo estamos mejor educados que todo eso. Allí está la marquesa de Espard, que se va. ¿Cree usted que ella no piensa de este modo? Nosotros nos hemos entendido hace dos años (fatuo); pues bien, no tiene más que escribirme dos palabras, que no son largas: «Mi querido Lupeaulx: le agradeceré á usted tal y tal cosa, etc., etc.», é inmediatamente está servida. Ustedes las mujeres logran lo que quieren, costándoles sólo un poco de placer. Ahora bien, enganche usted al ministro, querida mía, que es lo que le importa, y yo le ayudaré en su empresa. Sí, yo quisiera que tuviese una mujer que influyese sobre él, porque de ese modo no se me escaparía; ahora se me escapa á veces, y se concibe, pues sólo le domino por la razón, mientras que entendiéndome con una mujer bonita le dominaría por la pasión, lo cual es más seguro. Sigamos siendo, pues, buenos amigos, y reparta usted conmigo la influencia que obtenga.

La señora Rabourdin escuchó con el mayor asombro esta singular profesión de truhanería. La sencillez del comerciante político excluía toda idea de sorpresa.

—¿Cree usted que se habrá fijado en mí?—le preguntó Celestina cayendo en el lazo.

—Le conozco, y estoy seguro de ello.

—¿Es cierto que está ya firmado el nombramiento de Rabourdin?

—Le he entregado el trabajo esta mañana. Pero el ser director no es nada aún, es preciso ser refrendario.

—Sí—dijo ella.

—Pues bien, váyase usted y coquettee con Su Excelencia.

—A decir verdad, hasta esta noche no le he conocido á usted bien, no tiene usted nada de vulgar.

—Queda convenido, pues—repuso Lupeaulx,—que somos dos buenos amigos y que suprimimos los aires tiernos y el amor enojoso para considerar las cuestiones desde otro punto de vista.

—Es usted verdaderamente hábil y me llena de admiración—dijo Celestina sonriendo y tendiéndole la mano.—Ya se convencerá usted de que se hace más por un amigo que por un...

No acabó la frase y salió.

—Amiguita mía—se dijo Lupeaulx para sus adentros

mientras ella se acercaba al ministro,—Lupeaulx no tiene ya remordimientos en volverse contra ti. Mañana por la noche, cuando me ofrezcas una taza de café, me ofrecerás también aquello que no quiero. Todo ha terminado. ¡Ah! cuando tenemos cuarenta años, las mujeres nos engañan siempre, ya no puede uno ser amado.

Después de haberse mirado en el espejo y de haberse reconocido en él como un hermoso político, pero también como un perfecto inválido de Citeres, se volvió al salón.

En aquel momento la señora Rabourdin meditaba acerca del modo de irse y se esforzaba por dejar en el ánimo de todos una última y graciosa impresión, cosa que logró por completo. Contra lo que suele ocurrir en los salones, cuando Celestina estuvo ausente todo el mundo exclamó:

—¡Qué mujer más encantadora!

—Estoy seguro de que mañana se acordarán ustedes de mí—dijo el ministro á los dos esposos, haciendo alusión al nombramiento y acompañándoles hasta la puerta.

—Hay tan pocos altos funcionarios cuyas mujeres sean agradables, que estoy contento de esta adquisición—se decía el ministro mientras volvía al salón.

—¿No la encuentra usted un poco invasora?—le dijo Lupeaulx con aire picado.

Las mujeres cambiaron entre sí significativas miradas, pues la rivalidad del ministro y de su secretario las divertía. Entonces tuvo lugar una de esas bonitas burlas en las que tan entendidas son las parisienses. Las mujeres animaron al ministro y á Lupeaulx ocupándose de la señora Rabourdin. La una la encontró demasiado afectada; la otra comparó las gracias de la burguesía con los modales de la alta sociedad á fin de criticar á Celestina, y Lupeaulx defendió á su pretendida querida como se defiende á los enemigos en las reuniones.

—Háganla ustedes justicia, señoras. ¿No es extraordinario que la hija de un subastador de obras de arte sepa presentarse tan bien? Vean ustedes de donde ha salido y consideren donde se halla, sin contar con que tiene la pretensión de ir á las Tullerías, según me ha dicho ella misma.

—Si es hija de un subastador—dijo la señora de Espard,—no veo el inconveniente en ascender á su marido.

—Sobre todo en los tiempos que corren, ¿verdad?—dijo la mujer del ministro mordiéndose los labios.

—Señora—dijo severamente el ministro á la marquesa, —con semejantes frases, que desgraciadamente abundan en la corte, se preparan revoluciones. Usted no puede comprender lo mucho que disgusta la conducta poco mesurada de la aristocracia á ciertos instruidos personajes de palacio. Si yo fuese gran señor, en lugar de ser un pequeño hidalgo de provincias que parece que he sido puesto donde estoy por conveniencia de ustedes, la monarquía no estaría tan poco segura como yo la veo. ¿En qué se convierte un trono que no sabe comunicar su brillo á los que le representan? Estamos lejos del tiempo en que el rey hacía grandes por su propia voluntad á los Louvois, á los Colbert, á los Richelieu, á los Jeannin, á los Villeroy y á los Sully... Si; Sully al empezar no era lo que yo soy. Les hablo á ustedes así porque estamos entre nosotros, y yo sería, en efecto, muy poca cosa si me chocase semejante pequeñez. A nosotros nos toca hacernos grandes, y no á los demás el considerarnos.

—Estás nombrado, querido mío—dijo Celestina estrechando la mano á su marido.—A no ser por Lupeaulx, hubiera explicado tu plan al ministro, pero ya se lo explicaré el martes próximo, y así podrás llegar á ser antes refrendario.

En la vida de todas las mujeres existe un día en el cual han brillado con todo su esplendor y que les deja un eterno recuerdo, que acarician siempre con placer. Cuando la señora Rabourdin fué deshaciendo uno á uno los artificios de su tocado, recapituló la velada contándola entre sus días de gloria y de dicha; todas sus bellezas habían sido envidiadas y había sido alabada por la mujer del ministro, la cual se consideraba feliz contándola entre sus amigas. En fin, todas sus vanidades habían sido halagadas en provecho de su vanidad conyugal. Rabourdin estaba nombrado.

—¿No estaba guapa esta noche?—le dijo á su marido, como si hubiese tenido necesidad de animarle.

En este momento, Mitral, que esperaba en el café Themis á los dos usureros, no notó nada en sus dos impassibles rostros.

—¿Cómo ha ido eso?—les preguntó una vez que se hubieron sentado.

—Pues, bien, como siempre—dijo Gigonnet restregándose las manos.—La victoria siempre la obtiene el dinero.

—Yaya—respondió Gobseck.

Mitral tomó un coche y se fué á ver á los Saillard y á los Baudoyer, en cuya casa se había prolongado el boston, pero donde no quedaba ya nadie más que el abate Gaudron, pues Falleix, medio muerto de cansancio, había ido á acostarse.

—Sobrino mío, será usted nombrado y además se le reserva una sorpresa.

—¿Cual?—dijo Saillard.

—La cruz—exclamó Mitral.

—Dios protege á los que piensan en sus altares—exclamó Gaudron.

Ya se ve como de esta suerte se cantaba el *Te Deum* en los dos campos, con satisfacción igual.

Al día siguiente, miércoles, el señor Rabourdin tenía que trabajar con el ministro, pues estaba de interino desde la enfermedad del difunto la Billardiére. En tales días los empleados eran muy puntuales y los ordenanzas andaban atareadísimos, pues los días de firma todo está pendiente en las oficinas; ¿por qué causa? nadie lo sabe. Los tres ordenanzas estaban, pues, en sus puestos y esperaban obtener alguna gratificación por la circunstancia de haber corrido el rumor del nombramiento del señor Rabourdin, gracias á los cuidados de Lupeaulx.

El tío Antonio y el ujier Lorenzo vestían de gran gala, cuando á eso de las ocho menos cuarto el mozo de la secretaría fué á rogar á Antonio que le entregase en secreto al señor Dutocq una carta que el secretario general le había encargado que llevase á casa del oficial á las siete.

—No sé qué me ha pasado, amigo mío; me he dormido y acabo de despertarme. Si supiese que la carta no está ya en su destino, me armaría un escándalo fenomenal, mientras que de este modo podré decirle que la entregué yo mismo en casa de Dutocq. Un secreto famoso, padre Antonio; pero no les diga usted nada á los empleados, ¡por Dios! porque me ha amenazado con echarme á la calle si decía una sola palabra.

—Pues ¿qué hay aquí dentro tan grave?—dijo Antonio.

—Nada. La he mirado de este modo, ¿ve usted?

Y entreabrió la carta, de la que sólo se veía lo blanco.

—Hoy es el gran día para ustedes, Lorenzo—dijo el ordenanza de secretaría.—Vais á tener un nuevo director. Decididamente, se hacen economías y se reúnen dos divisiones en una sola dirección. ¡Ay de los ordenanzas!

—Sí, nueve empleados retirados—dijo Dutocq, que llegaba.—¿Cómo sabéis vosotros eso?

Antonio le entregó la carta á Dutocq, el cual bajó las escaleras y corrió á secretaría después de haberla abierto.

Desde el día de la muerte del señor de la Billardiére, después de haber charlado por los codos, las dos oficinas de Baudoyer y de Rabourdin habían acabado por recobrar su fisonomía acostumbrada y los hábitos del *dolce far niente* administrativo. El fin de año imprimió á las oficinas una especie de aplicación estudiosa, del mismo modo que comunica algo de servil á los porteros. Todo el mundo iba á la hora en punto y se veía más gente después de las cuatro, pues la distribución de las gratificaciones depende de las últimas impresiones que deja uno de sí en el ánimo de los jefes. La víspera, la noticia de la reunión de las dos divisiones Rabourdin y Clergeot en una dirección bajo una nueva denominación, había intrigado á las dos divisiones. Se sabía el número de los empleados retirados, pero se ignoraban sus nombres. Ya se suponía que Poiret no sería reemplazado y que se amortizaría su plaza. El pequeño la Billardiére se había ido y venían dos nuevos supernumerarios que, desgraciadamente, eran hijos de diputados. La noticia, extendida la víspera por las oficinas en el momento que se marchaban los empleados, había impreso el terror en todas las conciencias; así es, que durante la primera media hora de la llegada hubo conversación en torno de todas las estufas. Antes de que nadie hubiese llegado, Dutocq vió á Lupeaulx en su tocador, y el secretario general, sin dejar la navaja de afeitarse, le dirigió la mirada del general que da una orden y le dijo:

—¿Estamos solos?

—Sí, señor.

—Pues bien, duro contra Rabourdin, adelante y firme. Supongo que habrá usted conservado una copia del estado.

—Sí.

—Pues bien, ya me comprende usted: *Indè ira!* Es preciso promover un clamoreo general. A ver si sabe usted inventar algo para excitar las pasiones.

—Puedo encargarme una caricatura, pero no tengo los quinientos francos que se necesitan.

—¿Quién la hará?

—Bixiou.